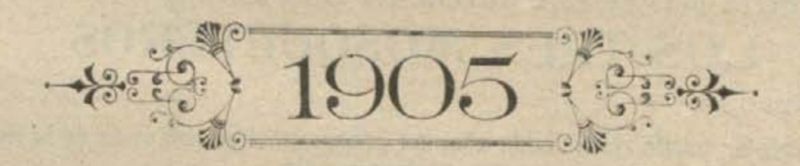
# Museo Criminal

## Revista ilustrada

### Año II — Tomo II



MADRID
Imprenta de Ricardo Rojas.
*Campomanes, 8. — Teléfono 316.*
1905




## Revista quincenal ilustrada

**Redacción y Administración**

CALLE DEL BARQUILLO, 20.—MADRID

(APARTADO EN CORREOS, NÚM. 336)

El **MUSEO CRIMINAL,** Revista única en España, constituye unos verdaderos anales del crimen, publicando todas las actualidades propias de la materia y todos los progresos criminalistas.

**MUSEO CRIMINAL** publica en todos sus números, además del texto, sensacionales novelas ilustradas, en forma encuadernable.

**MUSEO CRIMINAL** tiene en preparación, entre otras cosas, lo siguiente, que publicará el

**año 1906**

***MISTERIOS DE LA INQUISICIÓN***

***EPISODIOS DE LA GUARDIA CIVIL***

***TRAGEDIAS DEL CONTRABANDO***

***Asociaciones secretas***

NOVELAS

CURIOSIDADES

***Novelas*** En todos los números ocho páginas de

## LOS DRAMAS DE PARIS

por *Ponson du Terrail*, el famoso autor de *La Justicia de los Gitanos,* y otras ocho de la más célebre novela del gran Dumas

## LOS TRES MOSQUETEROS

ambas ilustradas.

**El suscriptor puede reunir cada año una interesantísima colección de la Revista y una preciosa novela.**

Precios: Año, 5 ptas. Extranjero, 10 ptas.

Para las clases de tropa de Guardia civil y Carabineros, **UNA** peseta trimestre.

**Al que no pertenezca á uno de estos dos Cuerpos no se le admite suscripción por menos de un año, enviando el importe adelantado en letras de Prensa, de Giro Mutuo ó sellos, sí no hubiera de aquéllas en la localidad.**

**REGALOS.**—Por un trimestre: *Mapa criminalista* y todo lo publicado de novela hasta 1.° de enero. Por un semestre, pagado en un solo plazo: *Mapa criminalista*, folletines atrasados y *La Guardia civil de las Naciones extranjeras*, por el capitán Ricardo García de Vinuesa, obra con siete grabados de plana. Por un año, pagado en un solo plazo: *Mapa criminalista*, folletines atrasados, *La Guardia civil de las Naciones extranjeras* y la preciosa novela *Hazañas de tres bandidos*, profusamente ilustrada, encuadernada en rústica.

REGALOS

# *Indice del tomo II del* ***MUSEO CRIMINAL***

## TEXTO

# GRABADOS




1.º de Enero de 1905. Año II. N.º 25

# Los crímenes de Peñaflor

## Triunfo de la Guardia civil

*(Información y fotografías hechas expresamente para MUSEO CRIMINAL)*

El tristemente célebre *Huerto del Francés*, cementerio clandestino donde se ha ejercido por espacio de seis años la industria del asesinato, llena ya el mundo entero con su nombre siniestro. La prensa de gran circulación ha llenado columnas y columnas de informaciones y grabados, mezclando á la realidad las fantasías y embustes de un reporterismo ávido de dar la nota sensacional en periódicos notoriamente desafectos á la Guardia civil, á la que, no obstante, la opinión concederá el legítimo triunfo alcanzado en el descubrimiento de los infames crímenes perpetrados por los asesinos del *Huerto del Francés*.

Antes de rebatir los cargos, las malévolas insinuaciones, las inexactitudes y mentiras de la prensa rotativa en general—entre la que han sido una excepción *España* y *Diario Universal*—, hagamos de los hechos, sobria y concretamente, una relación que sea fidelísimo reflejo de la verdad.

Para que puedan conocerse desde luego las razones que han informado la práctica de las diligencias que han conducido al descubrimiento de tales crímenes en la forma en que se ha hecho y no en otra cualquiera, necesario es hacer constar ciertos antecedentes de *José Muñoz Lopera* (a) *Manzanita*, y *Juan Andrés Aldije* (a) *el Francés*, coautores de los asesinatos. José Muñoz Lopera es un hombre de cuarenta años, los cuales no representa, instruído y simpático, bastante apreciado por todo el pueblo en general y relacionado con todo lo más esco-

Conducción del criminal Juan Aldije (a) el *Francés*, desde el cortijo donde fué capturado por la Benemérita al pueblo de Peñaflor, y público que seguía al criminal queriendo lyncharle.

Croquis del Huerto del Francés

Camino rural

Pueblo de Peñaflor

Casa del Francés

Cuadra

Puerta

Noria

Rosal

Martillo

palos que figuraban cañerías

Paso á las cuadras

Corraleta

Zahurda

Conejeras

Paseo de la puerta de entrada de las víctimas

Plantaciones de granados y naranjos

Conejeras

Sepulturas

Bonilla

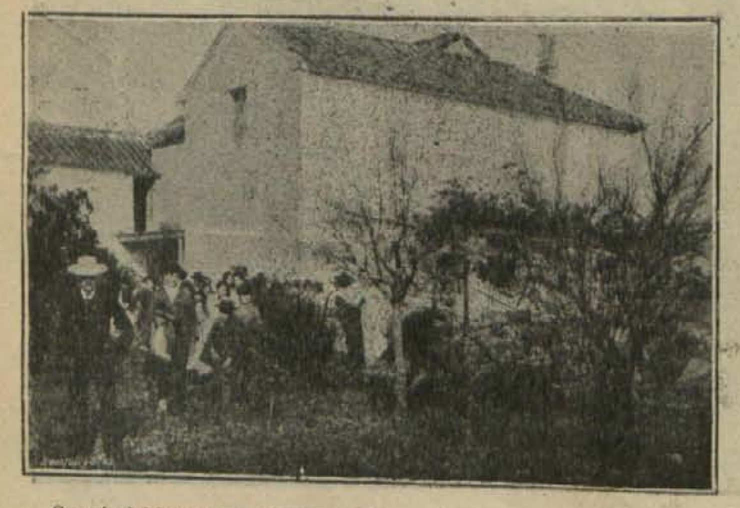
Rejano

Arroyo de las Cuevas.

gido de la villa, teniendo únicamente como nota discordante el ser jugador de profesión, por lo que hacía frecuentes viajes á las principales capitales de España, al regreso de las cuales comunicaba á todos sus amigos en el casino las ganancias ó pérdidas que había sufrido, observando en lo demás una vida arreglada durante su permanencia en Peñaflor.

Juan Andrés Aldije es hombre de cincuenta y cuatro años, aunque, como el anterior, no los representa, y si bien no frecuentaba los cafés y casinos, en cambio puede decirse que tenía aun mejores relaciones que José Muñoz Lopera con todas las personas pudientes de la localidad, por dedicarse á ser una especie de picapleitos, por cuyo medio obtenía cantidades más ó menos considerables de sus clientes en pago á sus tercerías, llegando en este punto hasta á sostener pleito con el alcalde de Peñaflor D. Francisco Cáceres Reinoso.

Para justificar el misterio que ha envuelto todos los crímenes perpetrados sin que autoridades ni nadie haya podido sospechar nada, basta conocer la forma en que éstos se cometían. El Muñoz salía á sus viajes de juego, lo cual no extrañaba por ser ésta su profesión, y conquistaba á la víctima para el *negocio*, que consistía en ganar, por malas artes, unos cuantos miles de pesetas á un señor muy rico, aficionado á verlas venir, que vivía en el huerto, fuera de la población, explicando la elección del sitio por la constante persecución que contra este delito hacían las autoridades. Una vez conquistada la víctima y señalada la noche, el Francés, al obscurecer, abría la fosa, cogía una barra de hierro que tenía unos cinco centímetros de diámetro por cuarenta de longitud, y para evitar que le hiriera la mano por tener astillada la cabeza, efecto del servicio á que antes había estado destinada, como barrena de mina, la liaba un trapo, á lo cual llamaba *vestir el muñeco*, cuya barra se ponía detrás de la puerta que da al camino que conduce de Córdoba á Sevilla, y de la cual sale un paseo que va derecho á la casa; en este paseo, unos diez metros antes de llegar á aquélla, y próximo á la noria que da agua para el riego del huerto, hay un rosal grande junto al cual ponían un martillo, que por su peso de kilo y medio se quedaba en pie con el cabo hacia arriba; junto al rosal, desde un metro antes de llegar al martillo, colocaban dos pitones ó palos, uno á cada lado del paseo, tendidos en el suelo simulando cañerías y por entre los cuales sólo podría pasar un hombre. Llegada la hora designada, que siempre era las doce y media, llamaban el Muñoz y la víctima á la puerta, saliendo á abrirles el *Francés*, quien saludaba al recién llegado con acento extranjero, y mientras cerraba la puerta quedábase un poco



Caserío del huerto del *Francés*, esquina que da á la noria donde se daba el golpe *de gracia*.


El cabo Juan Atalaya.

detrás, cogiendo el *muñeco*, y, uniéndose á los otros dos, seguían en una fila los tres por el paseo, el Muñoz á la izquierda, la víctima en medio y el *Francés* á la derecha; llegados á los palos, el Muñoz, como conocedor del terreno, se adelantaba solo por entre ellos y, posando su mano sobre el cabo del martillo, decía á la víctima: «Don Fulano, cuidado con la cañería»; esta era la señal convenida para que el *Francés* supiese que él tenía cogido el martillo, y aprovechándose de que la víctima fijaba su atención en las figuradas cañerías, diera el golpe con el muñeco, al cual todos quedaban muertos instantáneamente, y preparado el Muñoz con el martillo por si había que rematarlo; seguidamente le quitaban americana y chaleco, y colocándolo en una escalera de nueve peldaños que les servía de parihuelas, llevaban el muerto á la fosa ya abierta, le enterraban, cogían la americana y el chaleco, aligerándolos de las cantidades que tuvieran, quemaban después dichas prendas, y á las tres de la mañana estaba cada cual en su casa, como si tal cosa no hubiera pasado. (Véase el croquis).

La primera noticia que tuvo de la desaparición de D. Miguel Rejano Espejo el digno comandante del puesto de Peñaflor, fué el 25 de noviembre último, por requisitoria circulada en la que se explicaba que José Muñoz Lopera le había sacado de su pueblo para un negocio de juego en Sevilla. El cabo Atalaya llamó al sujeto y le interrogó acerca del expresado negocio y viaje á Sevilla, diciendo el Lopera que no era cierto que él tuviera negocio alguno concertado con Rejano; que éste le había puesto un telegrama diciéndole que pasaba para Sevilla y que, como amigo, salió á saludarle á la estación. Rejano le propuso que fuera á Sevilla con tanta insistencia, que accedió á ello, dándole palabra de ir en el tren carreta, como lo hizo. Refirió con pelos y señales su estancia en Sevilla hasta las nueve y media de la mañana del día 4, en el que regresó á Peñaflor, dejando en dicha capital á Rejano, del que exhibió una carta posterior á su estancia en Sevilla, carta que quedó en poder del cabo.

El día 3 conferenció Atalaya con el Juez de instrucción á quien había hecho la denuncia de la desaparición de Rejano, afirmando el juez que no había razones fundadas para detener á Muñoz. Practicadas nuevas diligencias por el cabo de la Guardia civil, sospechó éste que José Muñoz Lopera podía saber algo de la desaparición. Además, las pesquisas practicadas y algunas contradicciones del Muñoz, demostraban que la carta que él tenía de Rejano era apócrifa. Este descubrimiento y la comprobada falsedad de sus asertos, dieron por resultado, de acuerdo con el Juez, la detención del que entonces nadie podía acusar de asesino. El día 9 fué detenido, por el cabo Atalaya, Manuel Muñoz Lopera, hermano del José, por resultar de las diligencias practicadas presunto cómplice en la desaparición de Rejano. Después de conferenciar nuevamente con el Juez de instrucción, que (así como el vecindario de Peñaflor) consideraba infundadas las detenciones hechas, el cabo de la Guardia civil llamó á Juan Andrés Aldije la misma noche del 9, y el *Francés* refirió, con entera ingenuidad y acento tranquilo, el viaje que había hecho á Sevilla precisamente el día 3 de noviembre y en el mismo tren que José Muñoz Lopera, explicando el objeto del mismo y estancia en dicha capital; y por más que, dada su amistad íntima con José Muñoz, era de sospechar que pudiera saber algo sobre el negocio de juego que el Muñoz hubiera hecho con Rejano, á nadie le pasó por la imaginación que en su casa se podía haber dado muerte á Rejano, y mucho menos cometido los horrendos crímenes después descubiertos. No existiendo motivo para prenderle, quedó en libertad aquella noche, con promesa de volver al día siguiente á firmar el atestado.


El *Francés*, uno de los asesinos.

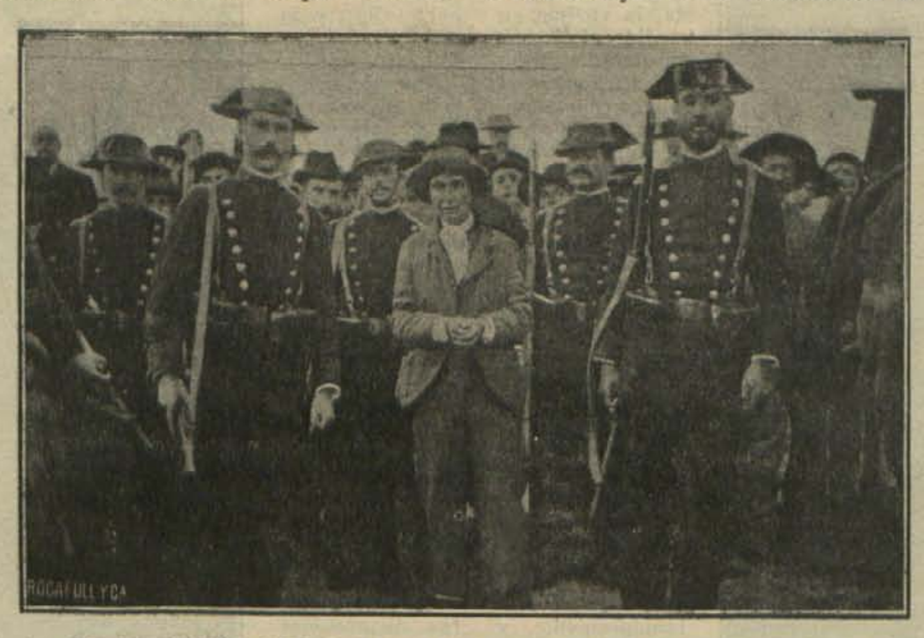

Muñoz, coautor de los crímenes.

A todo esto, el cabo Atalaya había ya recabado del Juez un auto de reconocimiento de la finca del *Francés*, proponiéndose practicarlo al siguiente día y fortificar con él sus sospechas, bien por cualquier prueba material de delito ó porque sorprendiera gesto, movimiento ó turbación que pudiera servir de indicio de complicidad en el *supuesto* crimen.

El día 10, á las siete de la mañana, el cabo Atalaya se presentó en el huerto del *Francés* con el guardia 2.° José Zayas Montoya, para practicar un reconocimiento, manifestando la esposa del Aldije que éste había salido diciendo que iba á dar un paseo al pueblo, suponiendo ella, en vista de la tardanza, que habría ido á Sevilla á ver á su abogado para querellarse contra la prensa. A falta del propietario de la finca, presenció el reconocimiento su hijo Víctor, y hecho aquél con minuciosidad, en el huerto, edificio y pisos del mismo é inmediatos, no se obtuvo resultado satisfactorio. El día 11 practicó otro reconocimiento el Juzgado

municipal, con resultado también negativo, quedando ambas autoridades de acuerdo en que practicarían unidas otro tercer reconocimiento después que abonanzara el tiempo, para que la tierra, caso de estar enterrado allí el Rejano, pudiera ofrecer el rastro del crimen.

El día 14 se presentaron en Peñaflor tres parientes del desaparecido, con manifiestos deseos de que se reconociera nuevamente el huerto, y teniendo el Juzgado y la Guardia civil proyectado otro reconocimiento, se aprovechó la presencia de la familia para hacerlo. Desde el primer momento, al ver el huerto los parientes, dijeron que no creían que estuviera allí Rejano; no obstante, se les invitó á hacer el reconocimiento, sondeando con barras especiales de hierro, *construídas al efecto*, y después de sondeado en todas direcciones, cuando ya estaban convencidos todos de que allí no existía tal cadáver, y se disponían á abandonar el huerto, un pariente observó que en un rincón del departamento en que han sido encontrados los cuatro cadáveres más antiguos, parecía estar la tierra más blanda, pero sin que hubiera señales de haber sido removida.



El criminal Aldije (a) el *Francés*, fuerza del puesto; alcalde y juez municipal de Peñaflor.

Se hizo el sondeo por un punto que el cabo Atalaya indicó con el pie, y al sacar la barra extrajo señales de un cuerpo en descomposición. Procedióse inmediatamente á descubrirlo, resultando un cadáver distinto del que se buscaba, un esqueleto, y, ¡cosa particular!, conservando únicamente intacto el estómago, en cuyo punto casualmente pinchó la barra. Ante tan fúnebre hallazgo, procedía la detención del hijo y mujer de Aldije y la incomunicación de Manuel Muñoz Lopera, marchando seguidamente el cabo Atalaya á Lora del Río, para no perder momento, avisando al Juzgado de instrucción del cadáver encontrado, y á la cárcel para que encerraran á José Muñoz, que andaba por los pasillos y hasta salía solo á la calle.

El día 15, en presencia del Juzgado de instrucción, se continuaron las excavaciones, encontrando dos cadáveres más antiguos que el primero. El día 16, continuados los trabajos, se encontró el cadáver de Rejano y otro antiguo, y el día 17 otro cadáver que llevaría enterrado unos seis meses. Registrada por el cabo Atalaya la casa de José Muñoz, le fueron recogidas la ruleta tan traída y llevada por la prensa, y que se ha dicho estaba en el huerto del *Francés* y cartas que daban mucha luz sobre el asunto, siendo todo entregado al Juzgado de instrucción, que se incautó también de 3.000 pesetas que el José Muñoz había entregado días antes á sus hermanos, y que resultan ser fruto del último crimen. El domicilio de Aldije fué reconocido también, recogiendo la correspondencia y no encontrando nada de importancia, incautándose el Juzgado de 1.200 pesetas que el *Francés* había dejado, al marcharse, á su cuñado José Meléndez, para que facilitara á su mujer dinero cuando le hiciera falta, cantidad también producto del último asesinato.

El día 19, á las nueve y media de la mañana, recibió el cabo Atalaya noticias confidenciales de que la noche anterior había sido visto un hombre junto á las tapias del huerto, que parecía ser el fugado Aldije, y poco después, otra confidencia de que se encontraba en el cortijo Fraigenio, de los cuñados del mismo, armado de una escopeta. Salió inmediatamente el cabo de la Guardia civil, acompañado del guardia José Gordillo Montero, y á poco siguieron los guardias Angel Ruiz Ariza, José Zayas Montoya y Rafael García Campos, y utilizando unas caballerías llegaron al cortijo, tomando la entrada y ordenando salir al *Francés*. Resistióse el criminal á obedecer, pero intimado de nuevo, se presentó á la fuerza, dejando á un lado la escopeta, siendo capturado y recogiendo el arma, que estaba cargada, calculando no hizo uso de ella por haberle quitado su cuñado el fulminante. El criminal, para no ser conocido, había cambiado de sombrero, se había afeitado el bigote y algo de las cejas y se había cortado el pelo dejándose tufos.

Ni allí había autoridades ni nadie que ayudara ni



Haciendo excavaciones en el huerto del *Francés*; en el fondo espuerta con restos humanos y una barra de sondeos.

presenciara la captura; ni el *Francés* se presentó espontáneamente, como dice la Prensa, y lo único que hay de verdad en todas esas fantasías reporteriles es que después de haber llegado á Badajoz, por esa atracción que no se explica, pero que se observa en casi todos los grandes criminales, que, á impulsos de una fuerza misteriosa, vuelven al sitio donde cometieron sus crímenes, ó tal vez por dificultades para documentarse y en la creencia de que no se hubiera descubierto nada, como había sucedido antes, regresó á Tocina, y desde este punto, á campo traviesa durante tres noches y ocultándose de día, vino á enterarse personalmente de lo que hubiera, llegando á las siete y media de la noche al postiguillo del arroyo de las Cuevas, llamando, á cuyo llamamiento nadie contestó, decidiéndose entonces á llamar por el otro postigo ó puerta de entrada á la casa, para lo cual rodeó la tapia y al llegar cerca de la parte del edificio, huyó al ver aproximarse dos trabajadores por el camino que por dicha puerta pasa, y, temiendo ser perseguido, inmediatamente se marchó en dirección del cortijo de su cuñado, cuya puerta no le abrieron, teniendo que dormir en el pajar. Por la mañana entró en la casa, diciendo á sus cuñados que hicieran lumbre y algo de almorzar, pues estaba arrecido y hambriento, haciéndolo así su cuñado Rafael, mientras que el otro, Alonso, pretextando que iba á arar, fué al cuartel de la Guardia civil á dar aviso. Aún no había acabado de comer el Aldije cuando se encontró cercado por el cabo Atalaya y guardia Gordillo, y á la segunda intimación, se entregó.



Eloisa Meléndez, mujer del *Francés*.

Tales son los hechos; tal la verdad lisa y llana, sin pruritos de noveladores por entregas. El genio del Mal, inspirando los cerebros de dos malvados, urdió una maquiavélica maquinación que ha quebrado providencialmente. Ni el legendario tío Martín, el de Casariche, ni el famoso asesino Troppman, ni Jack el destripador, resultan tan espantosamente criminales como el esmirriado Aldije y su compinche el Muñoz, que viviendo apaciblemente en un poético pueblo andaluz, en excelentes relaciones con sus convecinos, llevaban establecido hace seis años el *negocio* del asesinato en comandita, escogiendo las víctimas en ese mundo especial de los jugadores, á quienes pueden hacerse ciertas proposiciones que dirigidas á los demás habían de obtener la más enérgica repulsa. Contaban, además, los criminales con el género de vida que hace esa gente dedicada al juego, para quien el hogar es simplemente un apeadero, hasta el punto de faltar de su casa meses y meses sin que su ausencia inspire las inquietudes que despertaría cualquier otro ciudadano de vida normal, y pensando con diabólica cordura que las familias de los desaparecidos habían de hacer de modo muy discreto sus averiguaciones, por el natural temor de inmiscuir á las autoridades y á la justicia en las intimidades de un hogar que se sostiene á expensas de una industria cuyo ejercicio tiene su sanción en el Código penal.

Todo esto que ahora resulta de una claridad meridiana, deja en el lugar que merece al *Heraldo de Madrid*, que en su artículo *El bandolerismo* decía que «á ciencia y paciencia de las autoridades exista en Peñaflor una casa de juego clandestina donde se atrae á las gentes, se las roba y se las asesina». El último periodicucho demagogo no hubiera sido capaz de estampar una frase tan imprudente, por no calificarla de modo más duro. En ninguna parte del mundo se ejerce el robo y el asesinato á *ciencia y paciencia* de las autoridades; ni existe el menor resquicio para lanzar á las de Peñaflor semejante injuria, porque ni en el «huerto del Francés» se jugó jamás á los prohibidos, ni allí se ha encontrado la ruleta, ni las víctimas pasaban por las calles y por el casino del pueblo,—cuidadosas de recatarse para que nadie advirtiera su presencia—, ni los asesinos, propietario y picapleitos el uno, concejal y mozo bienquisto el otro, daban con su conducta motivo para sospechas tales. A menos de pretender que la Guardia civil posea el don de la adivinación, el digno é inteligente comandante del puesto de Peñaflor no podía suponer que detrás de las tapias del huerto había seis cadáveres, y que los dos vecinos con quienes cruzaba el saludo eran dos criminales que no debían andar sueltos. En el afán de restar méritos á la Guardia civil, no sólo se procura que no aparezca el cabo Atalaya como descubridor del crimen cuando está demostrado que su acertada intervención desde que recibiera la requisitoria ha sido la resolvente del tenebroso asunto—, sino que se le ha censurado por no haber detenido al *Francés* el día 8, *dando lugar á que se escapara* —dice la Prensa—, y hasta pretende hacerse ver que quien le capturó en el cortijo fué el pueblo, cuando en el acto de la captura no había nadie más que la fuerza del Instituto.

Y ahora preguntamos: ¿Había motivo el día 8 para detener á un hombre que no se desconcierta y á quien nada compromete? El primer vehemente indicio de culpabilidad es su desaparición, que aumenta á medida que su ausencia se prolonga, adquiriendo caracteres de fuga, dando con ello motivo para perseverar en los reconocimientos sucesivos.

Sin la circunstancia, verdaderamente providencial, de no ser el de Rejano el primer cadáver encontrado, ¿se hubieran hallado los demás?

Si la fuga del *Francés* no hubiera acentuado las sospechas, ¿hubiérase insistido en tantos sondeos y reconocimientos?

Pero prescindiendo de la eficaz intervención del azar, que, como dice el famoso Goron, es el mejor agente de policía, el comandante del puesto de Peñaflor ni tenía motivo para detener al Aldije, ni lo diligenciado aconsejaba al juez á extender un mandamiento de prisión contra el *Francés*. Los demócratas que no lo crean así, vuelvan la vista hacia Francia, cuyos periódicos están hablando hace quince días del asesinato del diputado Syveton, haciendo á la viuda cargos tan terribles como las acusaciones de *Le Matin*, y, sin embargo, á la hora que escribimos estas líneas, el juez no ha decretado la prisión de la supuesta parricida.

Haciendo crítica sistemática contra todo lo que representa autoridad y resorte de gobierno, la prensa, con sus censuras unas veces, otras con su silencio, concita contra la Guardia civil todos los ataques á un incomprensible objetivo, teniendo el prurito de ofrecer ante el extranjero el solar español con muchos más riesgos personales que los alrededores de Frajana; achacando á la falta de fuerzas de seguridad y á la incultura del país crímenes que son precisamente excrecencias morbosas de la civilización.

No ha bastado que se patentizara la infamia de la campaña por los sucesos de Alcalá del Valle para que toda la prensa reivindicara el buen nombre de la Guardia civil y ensalzara sus méritos. Excepto el *Diario Universal* y *España*, que entonces y ahora han hecho cumplida justicia á la Benemérita, casi todos los demás periódicos, atentos únicamente á explotar el asunto, no han tenido una frase de elogio para la Guardia civil del puesto de Peñaflor, que con el cabo Atalaya al frente, ha procedido con celo é inteligencia sumas, haciendo prodigios de actividad, resultando más merecedores que nadie de los que han intervenido á una recompensa y á la pública consideración que merece el que pone todo su empeño en la defensa de los intereses sociales.




El año, en sus postrimerías vecinas de la muerte, pasaba á la escala de reserva de los anales de la Historia envuelto en el blanquísimo sudario de la nieve que coronaba las alturas con festones de una limpidez inmaculada.

Sonaban las últimas horas del 31 de diciembre. Por la entornada puerta del cuartel, en la que el guardia de puertas consumía su servicio al amor de un braserillo, entró la pareja de correrías, sacudiendo en el umbral el barro y la nieve de sus zapatos.

—Buen paseíto, Martínez—dijo el de puertas.

—¡Morrocotudo! ¡Bonita despedida de año!

El comandante del puesto, un cabo con veinticinco años de servicio, día por día, de noble continente y canoso mostacho, paseábase por su habitación con aire preocupado. A la voz del guardia Martínez que, entreabriendo cuidadosamente la puerta, pedíale la venia para entrar, volvió la cabeza.

—¿No hay novedad, eh? Bueno, vayan ustedes á la sala de armas, que allá voy yo—y calándose el gorro se disponía á salir. Su mujer le atajó en el camino:

—Ya sabes que me ha dicho la boticaria que á las nueve vayamos á casa del señor Julián, porque van á echar los estrechos.

—¡Ah, sí! No me acordaba—le respondió el cabo—; pero el caso es que yo no puedo ir porque tengo que salir para otro asunto.

Y como notara que su mujer quería preguntarle de de lo que se trataba, se apresuró á decirla:

—Sí, se trata de un asunto del servicio; si preguntan por mí, les dices que me he acostado, que me duele la cabeza ó que tengo que madrugar; lo que tú quieras. Vete sin cuidado, que yo estaré pronto de regreso.

Cuando el cabo Luján entró en la sala de armas, el guardia Martínez y su compañero de pareja quitábanse las polainas manchadas de barro y caladas por la nieve de la montaña.

—La pareja de carretera—dijo el veterano—no regresará hasta las diez; ustedes vendrán muy cansados, pero no hay más remedio que redoblar. A ver, á cenar en un periquete y espérense ustedes aquí armados y sin polainas.

Se quedaron mirándose los dos guardias, diciéndose *in pectore:* «hemos echado la noche: después de seis leguas de correría, vámonos ahora por esos mundos de Dios, para desengrasar».

Lo que tan preocupado tenía al comandante del puesto, una de las buenas clases de la Guardia civil, explicado estaba en un papel escondido en el bolsillo del pantalón y arrugado bajo la presión nerviosa de los dedos. Era un anónimo en el que delataban el robo que aquella misma noche se pretendía hacer en casa del boticario, persona de las más acaudaladas del pueblo á fuerza de estar cambiando, durante muchos años, agua clara por dinero. No era preciso ser un lince para comprender que el golpe estaba preparado por quienes sabían las costumbres de la localidad y la ausencia de los dueños de la casa hasta lo menos la media noche. En el papel explicábanse las cosas con grandes detalles, con pelos y señales, que daban todos los hilos de la trama y material suficiente para forjar la red en que forzosamente habían de caer los delincuentes. Siendo de toda evidencia que los tales sujetos habían de ser gente del pueblo, el cabo había puesto buen cuidado en que nadie trasluciera sus intenciones; pues de haberlo sabido cuatro personas, no hubieran tardado los ladrones en recibir la voz de alarma. Así es que, al salir con los dos guardias, disimulando los fusiles bajo la amplia capota, le dijo al de puertas:

- Si preguntan por nosotros, que hemos salido, pero no de servicio; y cuando regrese la pareja de carretera, que no se desarme, y tened todos mucha vigilancia hasta que nosotros volvamos. Si oyen ustedes tiros, echarse hacia casa del boticario á cerrar la callejuela que da al campo. Pero ni una palabra de esto á las mujeres ni á nadie.

Ya en la calle y así que llegaron á sitio retirado, el cabo expuso á los guardias el objeto que les guiaba en aquella noche oscura y fría.

Llegados al lugar de la acción, examinaron el terreno, que no podía ser más á propósito para una emboscada. En la parte posterior de la casa extendíase el jardín; á su derecha el corral con el gallinero y la cuadra. Frente á estos tapiales estaba trazada paralelamente la fachada de un edificio destinado á pajar y cerraba la salida de la callejuela la barda de una corraliza.

En ésta escondióse uno de los de la Benemérita, apoyando su fusil en los espinosos zarzales que coronaban la pared de tierra, en tanto que el cabo, con el otro guardia, situábase á la entrada, perfectamente ocultos detrás de una porción de maderas apiladas.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Al ruido de los disparos, que sonaron como un toque de á rebato, turbando el silencio de la noche y la alegría de las tertulias, los tres guardias salieron presurosos del cuartel; asomáronse á medias por las ventanas medrosas cabezas de mujeres, en tanto que los hombres se lanzaban á la calle con un farol en una mano y una estaca en la otra.

Un espectáculo sangriento ofrecióse á los atónitos aldeanos. Cinco hombres yacían en tierra, pero no todos estaban muertos; de los cuatro bandidos, uno solo había pagado con la vida su delito; los otros que no habían recibido más que heridas leves, estaban con el rostro pegado al suelo, bajo la amenaza de muerte si se movían de aquella posición. El hecho sucedió tan rápidamente como pasan esas cosas.

Los criminales, sorprendidos por el «alto á la Guardia civil», buscaron la salida de la callejuela, encontrándose con la boca de los fusiles. El cabo Luján hizo blanco; pero su noble pecho fué atravesado de un pistoletazo disparado por uno de los ladrones.

El cabo Luján se moría, la bala le había destrozado un pulmón. La casa cuartel estaba llena de gente con caras tristes y asustadas; los hombres andaban de puntillas y cuchicheaban en voz baja; algunas mujeres lloraban. En torno del lecho agrupábanse la esposa, los guardias y los amigos más allegados.

—¡Se muere! —decía alguno que salía de la alcoba. —¡Se muere! —repetía otro, llevándose á los ojos el pañuelo.

Al exhalar el último suspiro, asomaban por los cristales las primeras claridades del alba, anunciando el primer día del año.

Con él venía la vida nueva para muchos. La del presidio y la ignominia para los criminales; la vida inmutable y eterna para el bravo cabo Luján; la de la miseria y las lágrimas para su mujer y sus tiernos pequeñuelos, que así se paga la honradez y el heroísmo.

A la desventurada esposa del cabo le había tocado con la Muerte en los estrechos de casa del señor Julián.

*Ricardo García de Vinuesa.*

# Crónica del Crimen

## Gangrena social.

En Peñaflor aparecen en lógico consorcio el juego y el crimen.

Al sacar á flor de tierra los restos mortales de las víctimas de Muñoz y el *Francés*, ha salido también á la superficie una grande y repugnante miseria social con acentuada y sólida raigambre en la ciudad y en los más modestos distritos rurales. El hecho ha producido zozobra en las gentes. Es inconcebible que hombres como el Muñoz, jugadores de oficio, sin sentido moral, terreno abonado para el chanchullo y el delito, puedan tener intervención en las funciones públicas, desempeñar cargo en un Concejo, codearse con todas las personas decentes de la villa y darse, á ratos, aires de autoridad entre sus convecinos que lo eligieran por mandatario.

Y sin embargo, nada más cierto. El ejemplo del asesino de Peñaflor no es más que un caso.

Individuos tales suelen disfrutar de la privanza del personaje ó del cacique, que les dispensan su decidida protección amparando faltas, gatuperios y trasgresiones de la ley, para disponer de sus servicios como agentes y muñidores de elecciones, cuando no para tercerías menos confesables.

La maquinaria política en España cuenta como ruedas indispensables con la gente de la hampa, con la chusma que no se sabe de qué vive ó se conoce que debe su existencia á constantes equilibrios en los bordes del Código penal.

Y esos mismos políticos que mantienen latente esa gangrena social, toda esa fauna criminal, achulapada, alhajada, matonesca, que lo mismo sirve para un fregado que para un barrido, claman por la inseguridad personal, por todo este denigrante estado social en el que existen tantos *alias* sin más *profesión* que la de jugador, especie de patente de corso.

Todos sabemos cómo se juega y por qué se juega con detrimento de un taxativo precepto del Código. Viviendo de continuo á expensas de los vaivenes del azar, el jugador de oficio es hombre dispuesto para todo y entre "tirar el pego" y desvalijar en medio de un camino no hay diferencia alguna; todo es cuestión de forma.

La terrorífica novela en acción que se está desarrollando en el poético pueblo andaluz pone una vez más de manifiesto que en España existe un mal hondo,—agravado por la repatriación—, una bochornosa y alarmante tumefacción del cuerpo social, que está pidiendo á gritos que le extirpen el canceroso grano.

Todo ese detritus social es algo que sobra, que daña, que infecciona, y en vez de vivir entre nosotros debiera poblar las Chafarinas y Fernando Póo, alejando de nuestra atmósfera el ambiente malsano de sus malas artes, de sus "tartuferías", de sus infamias.—*V.*

## Carabineros.

Hemos clasificado entre los parias del Estado á los individuos del sufrido Cuerpo de Carabineros, que desempeñando un trabajo ímprobo perciben un mísero haber, vergonzosa remuneración á los constantes guardadores de la renta más saneada del Erario público.

No es posible que continúe por más tiempo la inconcebible ruindad de la nación para con sus servidores más meritorios. Apruébense ó no los presupuestos, es indispensable que el año 1905 marque una era nueva para el Cuerpo de Carabineros, á quien se le debe acreditar desde este mismo mes el aumento de haber la tropa y todas las ventajas que se les consignan en los presupuestos firmados por el anterior ministro de Hacienda.

Todo lo que hemos dicho respecto á Guardia civil, es aplicable á Carabineros desde el punto de vista de la ampliación de créditos para pagar como se merece á tan importantísimos Institutos, que no pueden estar á expensas de contingencias políticas, que en un momento cambian el curso de las cosas.

La mezquindad con que hasta ahora se vienen pagando servicios como el de Carabineros, es imposible que pueda continuar subsistiendo, y esperamos que el actual gobierno hará la justicia que los anteriores no han hecho.

## Por la Guardia civil.

Secundando la noble iniciativa del general Martítegui, S. M. la Reina madre ha concedido 1 000 pesetas para que los niños del Colegio de Guardias Jóvenes y los huérfanos de ambos sexos, de la Guardia civil, tengan su árbol de Navidad.

Informes que tenemos por ciertos hacen creer que, por los esfuerzos del señor general Martítegui, muy en breve se ocupará el Gobierno del modo cómo ha de aumentarse el haber del guardia desde el presente mes de enero.

## Importante.

*A pesar de las numerosas advertencias que hemos hecho, no hemos conseguido normalizar nuestras relaciones con los suscriptores en lo relativo á reclamaciones y cambios de destino, habiendo sufrido grandes perjuicios por los millares de números que indebidamente hemos servido.*

*Rogamos, por lo tanto, á nuestros favorecedores que se hagan cargo de que esta Revista es muy costosa para la empresa por la calidad de los materiales que entran en ella y no se pueden derrochar los números, las fajas y los sellos en tan enorme cantidad, que desequilibre el presupuesto mejor calculado.*

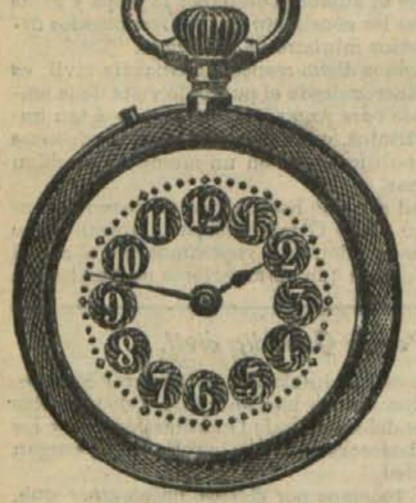
*Por lo tanto, estamos resueltos á que se observen las advertencias que desde los comienzos de* MUSEO CRIMINAL *hemos establecido, y en lo sucesivo no serviremos ninguna reclamación que no se haga dentro del plazo prefijado (ocho días para la Península y quince para Ultramar). También rogamos se avisen los cambios de destino con la debida anticipación, para evitar servir números dobles.*

*Esperamos que nuestros favorecedores se harán cargo de estas razones y procurarán no lesionar nuestros intereses.*

**En cuanto que termine nuestra novela LA JUSTICIA DE LOS GITANOS se procederá á su encuadernación en rústica y á servirla á los nuevos suscriptores de MUSEO CRIMINAL que tengan derecho á ella, con arreglo á la segunda advertencia de nuestra última circular.**

# Relojería Parisiense.

LUIS THIERRY — Fuencarral, 59. Madrid.



**El Cronómetro.**

Reloj de acero con contornos dorados al fuego, esfera rica, máquina superior, escape Roskopf, de marcha superior........ .... **19,50 pesetas.**
Idem de acero................ **18,50** —
Idem de níquel puro........ . **18,50** —

**En 4 plazos mensuales.**



Reloj regulador **48 horas** de cuerda, de doble maquinaria, una especial para despertador, máquina superior: dos campanas, timbre fuerte por despertador. Caja de nogal barnizada. **30 pesetas. En 4 plazos.**



¡Novedad! Ocho días cuerda; de acero forma elegante, extraplana, de áncora, 15 rubíes; precisión; volante visible, esfera gran lujo; el más bonito reloj conocido hasta hoy. **49 pesetas.**

De caja de puro níquel, el mismo precio.

**En 5 plazos.**



¡Novedad! Reloj acero azulado, de señora, forma corazón. Elegante; máquina superior. **32 pesetas.**
Nota: este reloj no es de doble tapa; este dibujo indica la parte de atrá .

**En 4 plazos.**

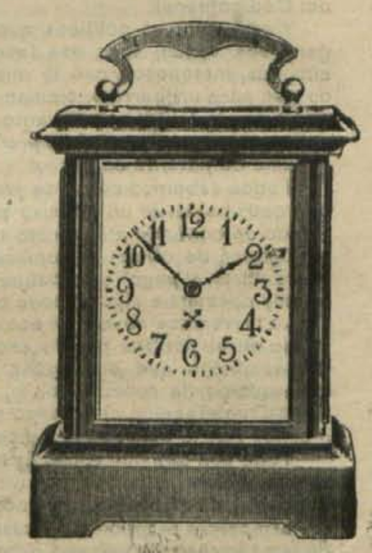


Magnífico reloj de señora, de plata dorada, con fondo relleno de perlas; máquina superior. **39 pesetas.**
Nota: este reloj no es de doble tapa; este dibujo indica la parte de atrás.

**En 5 plazos.**



¡Gran novedad! Magnífico reloj de acero con **despertador**, de bastante fuerza, gran solidez, máquina superior; muy conveniente por tener siempre el despertador en el bolsillo. **45 pesetas. En 5 plazos.**



**Caja metal niquelada.**

Esfera cuadrada con cristal biselado, magnífico reloj de sobremesa: altura, 1d centímetros, máquina superior.
Con despertador, **18 pesetas.**
Despertador horas y medias, **23.**
Despertador música, **29.**
Nota: este último no es de campana.

**En 4 plazos.**

**Advertencia.**—Todos los relojes de la Casa van acompañados de su estuche con la marca LUIS THIERRY: quien los mandará certificados, con aumento de 1,50 los de caballero y una peseta los de señora. Va franco de porte y embalaje; los relojes de pared ó sobremesa, hasta la estación más próxima.—**No olvidar de indicar la estación para evitar errores ó atrasos en los pedidos. Los pedidos á L. Thierry, calle de Fuencarral, 59, Madrid.**

**Madrid.—Imp. de R. Rojas, Campomanes, 8.—Teléfono 316.**